

volverse loco, pero es la manía de la originalidad. Es una especie de carta blanca, que tiene el inglés para poder hacer una porcion de cosas, que quizá les están prohibidas al resto de los mortales.

Leí, no recuerdo dónde, que un inglés se enamoró de una hermosa jóven llena de gracia y de talento, pero que como no hay nada perfecto en el mundo, la pobrecilla era coja. Probablemente esta desgraciada circunstancia sería el incentivo más poderoso que daría pábulo al amor en el corazon del inglés enamorado, porque siendo bastante original prendarse de una cojera, no habia de perder tan buena ocasion de dar al mundo testimonio de su excentricidad. Y acaso procedia con profundo juicio, pues aunque por lo que hace á ella, no era entrar con buen pié, él, en cambio, sabía á punto cierto el pié de que cojeaba; cosa que no es fácil averiguar á primera vista en las mujeres.

Ello es que el buen inglés estaba enamorado, y con toda la formalidad debida hizo presentes sus pretensiones; pero ella era tambien inglesa, y por consiguiente excéntrica,

y rechazó las proposiciones, diciendo:

—Caballero, sois muy digno de aprecio, porque os adornan cualidades que justamente merecen ser estimadas, y no os ocultaré que os profeso un cordial afecto; pero, amigo mio, no os amo, porque no puedo amaros; y vos mismo haréis justicia á las razones que me asisten para cerrar mi corazon á todo cariño demasiado tierno.

El enamorado caballero suspiró impasiblemente, y ella, sonriendo con toda la seriedad de una jóven inglesa bien educada, continuó hablando de esta manera:

—Yo pudiera pasar de la estimacion que me inspirais á otra clase de sentimiento, y no dudo que vos, incapaz de engañarme, me amais en este momento; mas, ¿estais seguro de que no os engañais á vos mismo?..... ¿No se os ocurre la idea de que al querer hacer mi felicidad, podeis hacer mi desgracia y la vuestra?..... Hablemos con franqueza: para llamar la atencion de un hombre se necesita poco, los más frágiles encantos lo consiguen; para fijar por algunos dias su pensamiento se necesita algo más, pero bas-

ta con saber disimular los defectos y escon-
der las imperfecciones; pero, ¡ah! para con-
servar su corazón se necesita mucho, mu-
cho, mucho.... Un encanto diario que lo
sorprenda, un nuevo atractivo que lo cauti-
ve, una gracia continuamente renovada, que
mantenga vivo en su imaginación el fuego
del afecto. La mujer, sin dejar de ser la mis-
ma, es preciso que sea á cada momento otra.
Hay que añadir todos los días un nuevo es-
labón á la cadena con que debemos sujetar-
los. Los hombres suelen enamorarse de mu-
jeres feas, porque hay defectos que se ar-
monizan entre sí, y suelen formar conjuntos
seductores; mas hay desgraciadas imperfec-
ciones que el talento no puede hacer olvidar,
y que son como una sombra, bien triste por
cierto, que oscurece toda hermosura. Imper-
fecciones ridículas, que unas veces despier-
tan la compasión, y otras veces la risa. Com-
pasion que aceptamos con mucha pena, risas
que advertimos con resignación bien amar-
ga. Hé aquí, caballero, por qué no puedo
amaros. Huiriais de mí bien pronto, y ya sa-
beis que mi defecto no me permitiría seguiros.

Ella no dijo más y él guardó silencio. No
quiso, ó no pudo, ó no supo contradecirla, y
no volvió á insistir en sus pretensiones; y
como si hubiera querido demostrar que re-
nunciaba completamente á ellas, desapareció
hasta del club, llegándose á sospechar si se
lo habría tragado la tierra.

Así pasaron dos meses.

Habían salido á la sazón de Inglaterra
dos expediciones: una se dirigía á los mares
del Norte en busca de los hielos eternos que
circundan el polo; la otra iba á intentar nue-
vas exploraciones en el centro de África, ar-
rostrando la muerte por encontrar el naci-
miento del Nilo. Se habían puesto en moda
estos atrevidos viajes, que eran por entónces
el encanto y el orgullo de los ingleses. Nues-
tra ladi supuso que su amante desahuciado
habría tomado parte en alguna de esas dos
expediciones, y le deseó un éxito feliz ó una
muerte gloriosa, y pensaba en los atrevidos
expedicionarios como pensaba toda Ingla-
terra.

A los dos meses le fué anunciada un día la
visita de su pretendiente, y aunque á un in-

glés le está prohibido asombrarse de nada, las inglesas suelen permitirse ciertas sorpresas; así es que se apagó un tanto el suave matiz de sus mejillas al verlo en su presencia.

Inmediatamente notó con la apacible perspicacia de sus ojos azules, serenos y hermosos, que aquel rostro que inesperadamente aparecía, se hallaba demudado, y que una palidez bastante notable hacia resaltar el color rubio de sus correctas patillas, del mismo modo que brillan los rayos del sol sobre un celaje blanco, y ocultando su sorpresa en la forma que le fué posible, lo saludó diciendo:

—Caballero, os hacia en el Senegal ó navegando por el estrecho de Bering.

—Señora, contestó él, vengo con nuevos títulos á insistir en mis pretensiones.

—¡Oh!..... exclamó ella.

—Sí, añadió él.

—Nuevos títulos, replicó, que serán tal vez nuevos y mayores inconvenientes. Pero ¡qué veo! añadió sin disimular su asombro. Esto es inexplicable; sentaos, caballero, sentaos.

Aunque con algun trabajo, el jóven in-

glés se sentó, presentando á los ojos atónitos de la bella coja dos piernas y un solo pié.

—Explicadme esto, exclamó; ¿cómo os ha sucedido esa desgracia?..... ¡Habeis perdido una pierna!.....

—Sí, respondió. He perdido una pierna para ganar un corazon; me parece que no es mal negocio. Sin pierna se anda, pero sin corazon no se vive.

En el rostro de la inglesa brillaron dos lágrimas, y en el semblante del inglés resplandeció un relámpago de impasible alegría.

Se habia hecho cortar una pierna para disipar los escrúpulos de la hermosa lady, y habia encontrado cirujano que se la cortára; porque, admirémonos, porque en Inglaterra se encuentra todo.

Como se debe suponer, ella no pudo resistirse á una prueba tan terminante, tan expresiva, tan sublime, y digámoslo así, tan excéntrica, de cariño, de pasion, de locura, y se casaron cada uno segun las formalidades de su secta.

El suceso obtuvo una justa celebridad, y por algunos dias *hicieron furor* las mujeres

defectuosas; mas pasó el encanto de la novedad, el caso se hizo viejo y cesó el peligro de que resultáran mancos, cojos y tuertos las dos terceras partes de los ingleses.

Se miró el asunto más friamente, y se con vino en los *clubs* y en los salones en la exactitud de estas dos observaciones.

Primera: Que ella andaba mal.

Segunda: Que él tenía un pié en la sepultura.

No cuenta la historia de este suceso si los esposos fueron felices, sin duda porque la felicidad es una cosa demasiado íntima, que no se averigua fácilmente, y el historiador discreto no quiso meterse en semejantes honduras. En cambio asegura que fueron padres una sola vez, naciendo de ellos un niño, que se llamó despues lord Walbrook, cuyo nombre, como ya hemos visto, sirve de título al capítulo presente.

Lord Walbrook heredó ántes de cumplir los veinte y cinco años toda la fortuna de sus padres, y poco despues la de una tia carnal, que se empeñó en no casarse, porque el hombre, que segun decia ella pudo hacer-

la feliz era primo hermano suyo; y se la metió en la cabeza la idea de que semejante matrimonio era absurdo, en atencion á que sus hijos, si llegaba á tenerlos, habian de ser al mismo tiempo sus sobrinos, y esta confusion le era sumamente desagradable; no cabia dentro del método riguroso con que queria ver todas las cosas; estaba fuera del orden de sus ideas.

Hé aquí cómo discurría:

—Los hijos de mi primo tienen que ser necesariamente mis sobrinos, sea la que quiera la mujer que los dé á luz; pues bien, si esa mujer soy yo, resultaré inapelablemente madre de mis sobrinos, y eso es inconcebible.

Hacia este argumento con tanta formalidad, con tan seria conviccion, que el primo desistió de su empeño, y ella, desesperada de no poder casarse con su primo, juró que no se casaría nunca, y cumplió su palabra pasando muy tranquilamente el resto de sus días.

Por esta circunstancia heredó lord Walbrook las respetables rentas de su respetable

tia, reuniendo bastante fortuna para enviar un buen número de individuos á la Cámara de los Comunes.

Después de largos y repetidos viajes en que casi le dió la vuelta al mundo, se refugió de nuevo en Lóndres como el águila en su nido, tendiendo con frecuencia sus ricas alas hácia París, donde se le disputaban las bellezas más espirituales, sin conseguir arruinarlo. Poseía una fortuna á prueba de bomba; esto es, á prueba de París, feria perpétua de todos los vicios.

A pesar de su espléndida bodega, de sus magníficos caballos y de sus hermosos perros, Lord Walbrook dió en pensar que era demasiado triste vivir bajo el peso de tantas libras esterlinas, y el *spleen* comenzó á tomar en su ánimo serias proporciones; y por distraerse de la gravedad de sus propios pensamientos, dióse á discurrir una muerte original, verdaderamente excéntrica, que hiciera las delicias de los ingleses.

Es indudable que cuesta más trabajo nacer que morir; pero lord Walbrook no se avenía á una muerte insignificante, á una

muertecilla vulgar y ramplona; esto es, á una muerte de mala muerte. Arrojarse al Támesis no podía ofrecer novedad ninguna; lanzarse desde la torre de San Pablo no era tampoco una muerte espiritual, que pudiera sorprender á nadie por lo nuevo del caso; el veneno le parecía prosáico y patibulario; saltarse la tapa de los sesos de un pistoletazo le parecía á sí mismo repugnante y vulgarote; es el medio de que se valen los que tienen miedo de matarse, y era á sus ojos un suicidio irreflexivo, desesperado, cobarde. Además, Lord Walbrook, excesivamente pulcro en el aseo de su persona, se horrorizaba ante la idea de verse con la cabeza rota y el rostro manchado, y su corazón filantrópico se resistía á dar al género humano un espectáculo de sangre.

Le quedaba el recurso de una cuerda de cáñamo, de la que podía colgarse muy tranquilamente, teniendo ántes la precaución de sujetarla por cualquiera de los extremos á un punto bastante alto, porque Lord Walbrook no era bajo, y bastante sólido, porque, como buen inglés, era un hombre grave. Mas este

recurso no ofrecía más originalidad que los anteriores, teniendo en contra una circunstancia que lo hacía inadmisibile. La cuerda es el instrumento con que el verdugo aplica la última pena á los grandes criminales, y el *spleen* no es delito en ningun código del mundo. Vamos, el desgraciado lord no encontraba árbol de que ahorcarse, y cosa bien natural, su horror á la vida se aumentaba en razon de las dificultades que le impedían deshacerse de ella.

Cuando su razon serena y fria llegó á este convencimiento, comprendió en toda su extension la desventura que como una montaña de plomo pesaba sobre su espíritu. Se veía condenado á vivir y no encontraba suplicio más penoso; se consideraba preso en la cárcel de su existencia, prisionero en la fortaleza de la vida, condenado, en fin, al trabajo forzado de respirar y dormir, de comer y beber; en una palabra, de vivir; tormento que envolvía su ánimo en una niebla de tristeza más espesa y más sombría que la niebla de Londres.

Cierto día brilló en su alma el sol de una

feliz idea al traves de las densas brumas que oscurecían el horizonte de su vida; había entrevisto la manera de escalar su prision y vió textualmente el cielo abierto.

Concibió la idea de hacer construir un globo magnífico de gran resistencia y con todas las condiciones necesarias para elevarse á las mayores alturas, á esas alturas inexplorables en que, faltando la presión atmosférica, es imposible la vida.

Esperaría la ocasion oportuna en que los vientos, soplando discretamente, empujarán el globo hácia las soledades tempestuosas del Océano, y allí, elevándose entre el doble azul del mar y del cielo, subiría á buscar la muerte en el grandioso silencio de las últimas capas de la atmósfera, teniendo sobre su cabeza el espacio y á sus piés el abismo, encima la serenidad del firmamento y debajo las tempestades de la tierra; sobre su frente los rayos del sol y bajo sus plantas los rayos de las nubes.

Satisfecho de las magníficas proporciones de su idea, y sonriendo de orgullo ante la grandeza de su pensamiento, dispuso inme-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE HISTORIA
"ALFONSO REYES"
Folio. 1625 MONTERREY, MEXICO

diatamente la construcción del globo, que había de corresponder por su perfección y por su belleza á la magnitud del objeto.

Quedó terminado el globo, siendo en verdad un prodigio de arte y de ciencia. Por medio de un aparato hábilmente dispuesto, Lord Walbrook podría hacer que se elevára ó descendiera, segun su voluntad. Lóndres se despoblaria por ver este prodigio, ignorando el verdadero objeto á que se destinaba, y presumiendo que serviria para llevar á feliz término alguna exploracion científica. Ignoraría del mismo modo quién fuese el atrevido viajero que iba á surcar los aires, suspendiéndose entre el cielo y la tierra; porque el astuto Lord había tenido buen cuidado de guardar el más riguroso incógnito para que la sorpresa fuese completa.

Una persona de toda su confianza había intervenido en el asunto, guardando toda la reserva necesaria.

El programa de la función era el siguiente:

El día destinado para la ascension se anunciaría algunas horas ántes, las absolutamente

necesarias para que todo Lóndres pudiera asistir á presenciar el espectáculo, que causaría tres efectos seguros.

Colocado el globo en el lugar conveniente, se prepararía para la ascension, y en el momento de elevarse apareceria Lord Walbrook en traje de camino, y grave y silencioso, tomaría asiento en la elegante barquilla suspendida del globo, impaciente por lanzarse al espacio. El nombre del Lord correría de boca en boca.

Este sería el primer efecto.

En el instante mismo se le abandonaría á su propio impulso y comenzaría á elevarse siguiendo la dirección del viento con esa desdenosa majestad con que los globos se alejan de la tierra.

Entónces Lord Walbrook se inclinaria graciosamente sobre la multitud, y tendiendo el brazo en el aire, dejaría caer un pliego cerrado dirigido al Lord Corregidor.

Éste sería el segundo efecto.

El globo desaparecia pronto de la vista de los espectadores y la curiosidad pública se volvería inmediatamente hácia el contenido

de aquel pliego misterioso. La multitud acudiría á la casa del Lord Corregidor, ansiosa de saber qué singular secreto se encerraba en la carta.

Aquella misma noche circularía por la gran ciudad el secreto de la carta; se sacarían innumerables copias, los periódicos la imprimirían instantáneamente, se multiplicarían las ediciones, y el telégrafo, puesto en movimiento con la velocidad del rayo, enviaría á todos los extremos del Reino Unido la noticia del suceso.

La carta debía decir lo siguiente:

«Ingleses: He recorrido el mundo en largos viajes y no he encontrado nada mejor que Inglaterra; he recorrido á Inglaterra y no he encontrado nada mejor que Lóndres. Ahora bien, un inglés que se cansa de vivir en Lóndres no encuentra sobre la tierra lugar alguno en que pueda vivir sin cansarse de la vida, y yo he dicho: Del mundo Europa, de Europa Inglaterra, de Inglaterra Lóndres, de Lóndres al cielo. Aquí teneis el motivo de mi último viaje. Os dejo para siempre, pero al abandonar á Inglaterra bus-

co la eternidad. De Lóndres al cielo. Para ser inglés no basta nacer en Inglaterra, es preciso morir en el espacio, escalar las nubes y lanzar desde allí sobre la tierra el último suspiro. ¡Gloria á Inglaterra!—LORD WALBROOK.»

El efecto que causaría esta carta sería el tercer efecto.

Todo estaba dispuesto: se había insinuado el viento favorable y las nieblas de Lóndres se tendían hácia el Océano, dejando ver las huellas del aire, del mismo modo que se marcan en la arena las huellas del agua. Pero Lord Walbrook era desgraciado, muy desgraciado.

Un periódico de New-York despedazó sus esperanzas con el relato implacable de un suceso que venía á quitar al proyecto de Walbrook toda su grandiosa originalidad.

El periódico refería lo siguiente:

«Hace dos meses que M..... Black visitó á todos sus amigos, despidiéndose para un largo viaje, cuyo término sería la luna, donde por de pronto pensaba fijar su residencia. Del mismo modo escribió á sus amigos au-

sentes, reiterando á todos las seguridades de su consideracion y de su afecto, y prometiéndoles mantener en afectuosa correspondencia tan estimables relaciones, y ofreciéndoles á la vez parte en todos los negocios que emprendiera, que de seguro serian soberbios negocios en atencion á que la luna es un país poco explotado.

»En efecto, M..... Black dispuso su viaje y se elevó en un globo, que desapareció en el horizonte, sin que se haya tenido noticia alguna del viajero. Hay quien espera cartas de M.... Black, y se calcula el tiempo que ha debido invertir en el viaje, para hacer entender á los incrédulos que no ha podido aún llegar la carta, aunque la haya escrito á vuelta de correo.

»El hecho es auténtico y se trasluce en él un suicidio originalísimo, porque M..... Black, que era muy emprendedor, estaba arruinado.»

Este relato fué una puñalada que traspasó el corazon de Lord Walbrook. Su gran proyecto vino á tierra, y tuvo que sentarse para no caer bajo el peso de tan tremendo golpe.

—¡Ese ladron, decia, me ha robado mi idea..... ese yankee imbécil se ha atrevido á hacer lo que ha pensado un lord de Inglaterra....!

Entónces, comprendiendo que le era imposible morir dignamente, resolvió vivir, como vamos á ver en el capítulo que sigue.